

HISTORIA NATURAL.



Museo de Historia natural: razas ovinas.—Dibujo de Freeman.
SEGUNDA SERIE.—1864.

AÑO XXII. 28.

RAZAS OVINAS.

Los carneros domésticos que actualmente nos proporcionan su carne y su lana, han salido todos de una especie salvaje desconocida hasta ahora, porque no haya sido descubierta ó porque esté aniquilada; pero positivamente entre las especies de berracos es donde debemos buscar los padres de nuestros carneros.

Las diferencias que presentan entre sí, son grandísimas y alcanzan á casi todos sus caracteres; por consiguiente, el número de razas y de variedades de carneros es, por decirlo así, ilimitado; teniendo con frecuencia cada país muchas muy distintas. En los animales ovinos podemos ver variar las proporciones, faltar los prolongamientos frontales ó tomar formas muy diversas, ponerse la frente derecha ó cóncava, en vez de permanecer convexa; variar la lana en su naturaleza y en su longitud y hasta desaparecer y ser reemplazada por una piel lisa, semejante en todo á la de los berracos.

En el grabado que acompaña, hemos presentado algunas de las razas mas desemejantes, aprovechando su presencia en París para darlas á conocer.

Las diferencias que hemos tenido ocasion de observar en las razas ovinas, se deben á dos órdenes de causas. Unas son las razas naturales, esto es, aquellas en cuya constitucion el hombre no ha tomado sino una parte indirecta, dejándolas producirse á su lado sin tener en cuenta las influencias circundantes, como son el clima, la altura de los parajes habitados y la manera de vivir. Por la inversa, á la accion inteligente é ilustrada del hombre, á razonados esmeros, continuados por el discurso de muchos años, es debida la formacion de las razas artificiales que, por decirlo así, se han formado de trozos de toda especie con determinado objeto; y solo se conservan en virtud del inteligente y juicioso tratamiento con que se les cuida.

En el grabado vemos representantes de estas dos especies de razas; el carnero llamado moruno y el de Abisinia nos presentan excelentes ejemplos de razas naturales que el hombre dejó formar á su lado; pero los merinos de España, y aun todavía mejor las modernas razas para carne creadas en Inglaterra, nos proporcionan notables tipos de razas artificiales.

El carnero llamado moruno, que los naturalistas designan con el nombre de carneros de patas largas (*Ovis longipes*), es quizá entre todos el carnero cuyos caracteres, se apartan mas de los que estamos habituados á atribuir á las especies ovinas. Es alto de piernas, huesoso y sus proporciones y formas se asemejan á la cabra mas que al carnero; su cuello y espaldas tienen una espesa crin que acaba de darles un aspecto extraño; los cuernos, vueltos horizontalmente en espiral, están por lo comun poco desarrollados, y las mas veces le faltan á la oveja. Los animales de esta raza no tienen lanas; pero están cubiertos de pelos cortos, igualmente que los berracos. á quienes se asemejan hasta en su corta cola. La frente es algo plana.

Este curioso carnero se encuentra en toda el Africa Central desde el país de los Tuareges hasta el de los Hotentotes, y desde la costa Oriental á la Occidental. Una variedad de colosal tamaño (un metro y treinta centímetros por el crucero),

existe en la India, donde desempeña el mismo papel que la variedad africana. Este carnero, destituido de lana, proporciona á sus dueños carne y leche. La naturaleza no le ha dado vellón, porque no lo necesitaba en las cálidas regiones donde se encuentra.

Cuerpo blanco, cola grande y carnosa, cabeza negra y pequeña y orejas cortas, caracterizan al carnero de Arabia y de Abisinia (*Ovis melanocephala*), el cual, igualmente que el anterior, se halla desprovisto de lanas. Tan enjutas y huesosas como son las formas del carnero moruno, tan pesadas y rellenas lo son las del carnero de cabeza negra. La piel forma en esta raza, debajo del cuello, un principio de papada, que se asemeja algo á la de los bueyes.

El carnero de Caramania (Asia Menor) pertenece á la raza ovina llamada de cola larga (*Ovis latí ó crassicauda*). Es alto de talla, bien formado, de color blanco con manchas negras alrededor de los ojos y de las cuatro patas, y el cuerpo lo tiene todo cubierto de lanas. Esta raza presenta cuernos horizontales enroscados en espiral, que adquieren gran volumen. La cola de los carneros de Caramania suele tener enormes dimensiones, y en vez de bajar hasta las corvas como los demás carneros de cola adiposa, cae mucho mas abajo, en términos, que arrastra por el suelo y es menester enrollarla, sujetándola en los riñones del animal. La grasa que ocasiona el volumen de la cola es un alimento muy estimado por los habitantes de los países donde se crían estos extraños animales. Es de un gusto muy delicado, que no podríamos comparar mejor que con el del tuétano de vaca, y conservada esta grasa, sirve para condimentar las comidas, y reemplaza la manteca que usualmente empleamos.

Los carneros de cola gruesa, son muy comunes en Africa, en la India, en Madagascar, y hasta se encuentran algunas variedades en la Rusia Meridional.

Estos animales adquieren, segun las localidades, ciertos caracteres fijos y constituyen verdaderas razas muy distintas. Una de las mas curiosas de estas, es la de los carneros con cuatro cuernos, segun se ve en la lámina; el animal representado es originario de la Argelia, donde esta curiosa duplicacion de los prolongamientos frontales suele ser muy comun.

Los carneros de Lietemburgo y los de las estepas de Hungría, tienen entre sí grandísima semejanza; porque ambos, originarios del mismo reino, se parecen en la naturaleza de su vellón, y producen una lana vasta con mechones escesivamente largos y muy rizados; por lo que estos mechones en vez de formar un vellón como los que por lo comun vemos, caen á derecha é izquierda de la línea media de la espalda, colocados unos sobre otros como las tejas de los edificios. Ocultando la larga lana de estos carneros gran parte de sus miembros, parece que están muy cerca del suelo. Son igualmente muy bien hechos y estimados con razon, á causa de la calidad de su carne.

Las especies ovinas de Lietemburgo viven en las llanuras occidentales de Hungría, al paso que el carnero de las estepas ocupa los confines orientales del país. Estas dos razas se diferencian entre sí en los cuernos; la de Lietemburgo tiene los prolongamientos frontales muy desarrollados y enroscados horizontalmente en espiral; pero la de las estepas de Hungría, y mucho mas la de la Valaquia, tiene los cuernos casi verticales y encorvados, de modo, que presentan el aspecto de un cordel retorcido sobre sí mismo,

hallándose el eje del espiral en el cuerno mismo, en lugar de estar en el intervalo que media entre las diferentes vueltas del cuerno encorvado, como en algunas de las razas ya referidas.

El carnero de Seeland, desprovisto de cuernos, es notable, sobre todo, por su ancha y gruesa frente en extremo aplastada. Esta raza ovina de gran talla, originaria de la isla de Seeland, nos proporciona un excelente ejemplo de lo que son los carneros de los países húmedos y bajos, pues todo en ella da á conocer su origen: sus formas son pesadas, los huesos grandes y la lana comun y seca. Semejante conformacion hace suponer, que la carne de estos animales carece de sabor y de mérito.

Los merinos de España que van dibujados, provienen de esos ganados trashumantes que pasan el invierno en Estremadura y el estío en los montes de Leon ó de Asturias: esta raza no se diferencia de las merinas francesas en ningún carácter esencial. La talla es algo menor que la de los carneros de Rambouillet, y su conformacion no ha sido perfeccionada en el mismo grado; pero la calidad de la lana no deja nada que desear. Las lanas españolas continúan teniendo en la industria el alto puesto que alcanzaron, cuando España era casi la única productora de las hermosas lanas finas; pero en el día que los carneros merinos se han propagado por todo el globo, y que su acimatacion ha tenido lugar en la Australia, en la América del Sur y en casi todas partes, no carece de interés considerar á uno de esos representantes de los rebaños españoles, de esos rebaños de donde salieron los animales que han enriquecido sus inapreciables vellones por medio de la agricultura de todos los países.

Juzgamos, además, como de sumo interés, cuando la ocasion se presenta, el poder estudiar y manifestar las diferentes formas á que han llegado las especies sujetas á la accion del hombre. Por consiguiente, no podremos felicitar demasiado á las direcciones del Museo de historia natural y del jardín Zoológico de aclimatacion del bosque de Boloña, quienes con el mayor celo, continúan formando una coleccion de animales domésticos de todos los países. Comparando lo que llegan á ser los animales sometidos al hombre es como podremos medir la intensidad de accion que sobre la naturaleza tenemos: «El hombre, dice Buffon, no sabe bien lo que la naturaleza puede, ni lo que él puede sobre ella.»

LOS HIJOS DE UN TRAIADOR.

O LOS PRESOS DEL ALCAZAR DE SEGOVIA.

¡Niños! la desgracia de que voy á hablaros, es verdaderamente digna de piedad, y tan grande que la historia, mármol en que se graban con el mismo buril la gloria y la ignominia, el infortunio y la prosperidad, la tiene escrita en una de sus páginas. Es la calamidad que ha recaído sobre las cabezas de tres niños de tan corta edad como vosotros. Los que vuelven la hoja en la cual este grande infortunio está consignado, se sienten entristecidos con su lectura, y no me cabe duda que vosotros, sobre todo, tan pequeñitos, tan amantes de vuestra atolondrada libertad, de vuestras correrías estrepitosas y de vuestros largos paseos, luego que conozcais á mis pobres prisioneros, os compadecereis de

ellos, porque sois buenos, y exclamareis: ¡Ay! ¡pobres niños! han sido muy desgraciados, y sin embargo, no era su delito el que pagaban tan caramente. Escuchadme pues.

En 1343, había ya nueve años que un día unos niños de muy corta edad, habían sido arrancados de los brazos de su madre y conducidos con grande acompañamiento de archeros y hombres armados al castillo de Cuellar, donde habían sido recibidos en una de las torres. Ciertamente, al verlos escoltados por tan gran cabalgada de hombres, al ver todas las precauciones que se tomaban para guardarlos bien, se habría podido pensar que aquellos niños eran culpables de un crimen muy atroz. ¡De un crimen muy grande! ¡El mayor tenía cuando mas de ocho á diez años!

No pasó mucho tiempo sin que se hubiera encontrado que el castillo de Cuellar no era bien seguro para tales presos, y se les había trasladado al alcázar de Segovia, cárcel discreta y silenciosa que había ya recibido, sin dejar que nada se supiera esteriormente, la tristeza de la infanta doña Isabel, encerrada allí por su hermano Enrique IV.

Allí, allí era donde estaban aquellos niños había ya muchos años, ignorando lo demás del mundo, no sabiendo mas paseo que el patio del Alcázar, patio sombrío y verdinoso, porque la yerba crecía allí por todos lados, y los pies que la hollaban no eran bastante numerosos para arrancarla, y sin conocer mas horizonte que el diminuto y estrecho que su vista iba á buscar furtivamente escapándose por las barbacanas del torreón que les servía de morada. ¡Oh pobres pequenuelos! no tenían como vosotros, hijos míos, esos bellos jardines que os alegran y hacen que salteis, que corraís y riais locamente; no, para ellos todo era sombrío, todo triste, todo vacío. En medio de esta tristeza de todo el conjunto, se oía de cuando en cuando penetrar algunas muestras de la sencilla infancia, llenas de dulzura; pero en aquel castillo, duro y ceñudo, la risa parecía tan importuna, tan fuera de su lugar y las altas murallas negras que estaban habituadas á no enviar al eco mas que quejas ó la estertórea agonía, recibían la risa con tan poca gracia, que muy pronto moría la alegría, y la soledad, el vacío y la amargura, recobraban en aquel lugar su puesto acostumbrado, llenos de admiracion de haber sido alejados un momento. Para aquellos pobres niños la alegría era rara, era un relámpago que venía á iluminar un instante sus enflaquecidos rostros para dejarlos luego mas pensativos y tristes.

Aun si hubieran tenido consigo á su madre, su madre para que los cuidase, para formarles una existencia, una vida, un pensamiento; pero no, jamás tenían ante sus ojos mas que los rostros frecuentemente llenos de cicatrices y á veces horribles, de los hombres armados que los custodiaban, y los de los sirvientes enteramente insignificantes. Sin duda en medio de esas figuras las había menos desagradables que las otras; estas eran las de los señores Pero Jimen y Dávila, escudero, guardian del castillo, y del capellan del alcázar de Segovia; mas todas las caricias que les hacían y servicios que les prodigaban, no tenían para los pobres niños el valor que habría tenido una sonrisa de su padre. ¡De un padre! ¡pobres chiquitos!

¿Mas cuál podía, pues, ser el crimen que los retenía así en esta espantosa prision? Su crimen, ellos mismos no lo sabían, vamos á saberlo nosotros al mismo tiempo que ellos.

Una mañana del año de 1343, los jóvenes presos se habían levantado mas tristes que de costumbre; se habían

mantenido insensibles á las caricias benévolas del señor Pero Jimen y del capellan, que segun su costumbre de todas las mananas habian venido á visitarlos, y en lugar de bajar á dar su paseo por los patios, permanecian todos tres en su cuarto del torreón, mirándose con las lágrimas en los ojos y dispuestos á llorar. El día anterior, el buen capellan habia obstinadamente rehusado decirles el secreto de su nacimiento y la causa de su prision, solamente les habia explicado que su madre, que ellos no conocian, estaba presa como ellos y desde el mismo tiempo. ¡Oh! ¡qué necesidad tenian de estar solos y de hablarse sin testigos! Sin embargo, el capitan y el capellan habian salido, los que los servian se habian retirado y ellos permanecian allí, todos tres abatidos sin atreverse á romper el silencio.

—Juan, hermano mio, dijo en fin Roberto, el mas jóven de los tres, volviéndose hácia el mayor, ¡tú has conocido á nuestra madre, dichoso tú! ¿te acuerdas de ella?

—Apenas, respondió Juan, ¡era tan niño!

—¡Cuán desgraciada debe ser al verse presa y no vernos! replicó Roberto vertiendo lágrimas.

Y todos tres lloraron en silencio por algun rato.

—No lloremos así, hermanos, dijo Juan con firmeza, despues de haber enjugado sus lágrimas; si nuestra desgracia es grande, mas necesitamos valor. Mirad, no sé, añadió al cabo de un rato, pero sospecho que debemos ser de raza noble, y no nos conviene entregarnos así al dolor.

—¿Tú crees, hermano, que somos de familia de ricos hombres?

—Sí; hay aquí un lujo de encarcelamiento que me hace pensar algunas veces..... ¿Sabeis, hermanos, aquella crónica escrita por un monje y que el capellan ha hecho que aprendamos á leer? Pues bien, yo he hojeado con frecuencia esos volúmenes y he visto dentro que algunas veces hijos de reyes ó de príncipes habian sido puestos en una prision como la nuestra y retenidos distantes de la corona, á la cual habrian podido pretender, por un mal pariente ó cualquiera otro que de ella se habia apoderado.

—¡Oh! repuso Santiago, el segundo en edad, abriendo tanto el ojo, ¡si fuese así!..... ¿Mas por qué lo imaginas?

—Escucha, hermano, ya ves que pronto tengo diez y siete años, y además este libro de historia que he leído, me ha enseñado muchas cosas, y hay aquí mas de un modo de obrar con nosotros que me hace creer.....

¿Pero que te digo?

Primero, todos esos ballesteros que nos guardan y que diariamente están apostados sobre la muralla, y despues el rico atavío que nos ponen y esos estudios que nos obligan á hacer de tiempo en tiempo, del arte de la guerra, y despues esos numerosos criados empleados en nuestro servicio; todo eso, bien ves, hermano, no lo harian con los hijos de un plebeyo ó de un cualquiera, y esto es lo que me hace pensar que somos de elevada esfera y condicion.

—Bueno, Juan, exclamó aturdidamente Roberto; ¿de qué nos sirve eso si no podemos salir de este infame castillo é ir á abrazar á nuestra madre?

—En la historia que he leído, se han encontrado vengadores que han puesto en libertad á los niños retenidos presos, y bien podia suceder que nosotros viviésemos tambien el nuestro en su día.

—Conviene no omitir nada hasta saber quienes somos, ¿no es así, Juan? exclamó Santiago con calor.

—Sin duda; ¿mas qué? el señor capellan, que es tan bueno, nos rehusa constantemente una explicacion, y tú sabes que ayer todavia nos decia: ¡Por la Virgen! niños, juro que mi boca jamás será la que pronuncie delante de vosotros el nombre de vuestro padre.

—Es verdad, dijo al punto Roberto, y yo le oí decir en voz baja; os amo mucho para decir eso.....

—¿Estás cierto de que dijo esas palabras, hermano?

—Fijo.

—¿Qué misterio extraño hay oculto, pues, en todo esto?

Y Juan se puso á reflexionar: sus dos hermanos guardaron silencio, fijando su vista sobre el mayor, como si hubiesen aguardado de él alguna explicacion que pudiese hacerlos salir de la duda cruel en que estaban.

—Es menester saber. Es preciso, replicó de pronto Juan, escuchad..... ¿No teneis monedas como estas?

Sacó de su bolsillo un puñado de escudos.

—Las tenemos, respondieron los dos hermanos.

—Estamos á salvo, ¡por Dios y los santos! exclamó Juan con vehemencia; todo lo sabremos. Se me ha dicho que monedas semejantes solo las tienen los ricos; así que, los que no lo son, se alegrarán poseerlas; se las daremos á un arquero que cantará de plano.

—¿Luego los arqueros y ballesteros no son ricos? preguntó sencillamente Roberto.

—Creo que no, respondió Juan todo consternado con esta reflexion de su hermano. Con todo, haremos una tentativa.

En este momento entraron los sirvientes trayendo la comida de los presos, é interrumpieron su conversacion.

—Esta noche, dijo Juan en voz baja.

Despues fueron á sentarse á la mesa que se les habia preparado.

A la noche, en el patio, los centinelas que habian terminado su turno descansaban, y los unos permanecian aislados en algun rincon oculto, jugando á los dados algunas monedas; los otros se divertian de otro modo, y otros dormian tambien ó hostezaban, y todos se quejaban del tedio de una inaccion semejante á la suya, y hablaban con calor de las guerras y los combates de aquellos tiempos de revueltas civiles.

—¡Vive Cristo! decia uno de ellos á otro hombre armado que estaba sentado á su lado, creo que el rey nuestro señor, no piensa cuerdamente en dejar así hombres como nosotros en este mal castillo, sombrío como el reino de Satanás, en tanto que se cabalga por todas partes, que está abierta la campaña en Castilla, y que los confederados nos dan que hacer por todas partes.

—Eso es hablar como un buen guerrero, compadre, decia otro, y por mi parte, aunque tuviese que recibir mas trompazos que santos hay en el cielo, mas quisiera ir á un buen combate, que permanecer aquí guardando estos niños, menos dañosos los tres juntos, que uno de los galopines del cocinero del rey nuestro señor.

—¡Basta! ¡basta! mi amo, exclamó un recién venido: no digais nada de esos niños, pues yo los quiero. ¡Son tan desgraciados! No hagais como un cualquiera, para que padezcan al veros despreciar á su padre, el.....

—Por cierto, mi balletero, vuestra lengua es demasiado larga, y podrá seros perjudicial si no teneis cuidado. Mirad sino á vuestra espalda.

Y el capellan, que habia llegado á tiempo para impedir

al hombre de armas que se le soltase un nombre que estaba prohibido pronunciar, le mostraba á los niños que salían del torreón y venían hacia el patio.

—Cuidado os digo, continuó el capellan, y en seguida dijo el hombre de armas murmurando por lo bajo:

—¡Por Dios! no sé por qué se les ha metido en la cabeza ocultar el nombre de su padre á esos pobres niños que tanto desean saberlo.

Sin embargo, los niños andaban por medio del patio paseándose, corriendo ó queriendo jugar; pero sus ojos estaban exánimes y místios, un pensamiento mas serio les ocupaba. Era menester hallar alguno que les enseñase lo que se les encubría con tanto esmero.

Viendo que no se les observaba ya, Juan fué el primero que se detuvo.

—Vé, Juan, ¡y que Dios te proteja!

Después se separó de sus hermanos, y se acercó á los hombres de armas. El que hemos dejado murmurando continuaba todavía.

—¡Sí, lo juro; si me preguntan todo lo que aquí se les oculta, se lo digo á esos pobres niños! no tendría firmeza para rehusarme, porque es....

Iba á concluir, cuando sintió que le tiraban de la manga de su gaban. Era Juan, que, colocado detrás de él mientras que hablaba, todo lo había oído, y venía á rogarle cumpliera su promesa.

—¡Buen arquero! decía Juan en voz baja trayendo el soldado hacia sí; os he oído hablar poco há, y habeis jurado decirnos, si lo preguntáramos, el secreto de nuestra prisión.

—¡Sí por Dios! lo he dicho, y lo haré.... mas....

—¡Oh! seguidamente, tomad, ¿quereis esto? será para vos; ¡pero hablad! ¡hablad!

Le daba un pañuelo de escudos, y le hablaba siempre llevándole hacia uno de los ángulos del patio donde sus hermanos le aguardaban.

—¡Pero bien! dijo Juan cuando hubieron llegado; veamos, ya te escuchamos. Dinos lo que nos retiene aquí.

El hombre de armas se vió embarazado.

—La justicia del rey Enrique IV, dijo en fin.

—¡Ah! es la justicia del rey, replicó Juan admirado, mas ¿por qué delito?

El soldado pareció que buscaba un medio de decirlo todo, sin ofender en nada á los niños que él amaba; por último decidiéndose:

—Vuestro delito, dijo, es que vuestro padre es un.... ¡Oh! no puedo deciros mas hoy, continuó, veo que vienen el señor capellan, y el señor Pero Jimen, y habría para mí un castigo de arresto á pan y agua, porque desobedezco. Mañana lo sabreis todo, y será mejor, añadió mas bajo; á lo menos tendré tiempo de prepararme para deciros todas esas cosas.

—Para mañana, pues, dijo Juan.

Y el hombre de armas se retiró.

—¡Dios mío! ¡qué grande es nuestra desgracia! Todo lo íbamos á saber, y aun no será hoy todavía.

Al día siguiente el hombre de armas fué exácto en acudir á la cita, y los niños no se hicieron esperar. ¡El día les había parecido tan largo! Luego que le colocaron en un rincón bien retirado, los niños rodearon al soldado, se recogieron, y guardaron silencio para escuchar.

—Veamos, dijo Juan.

—Mis buenos señores, empezó á decir el hombre de armas con su sequedad habitual; vuestro padre es un traidor, que ha delinquido contra el honor, y por eso estais aquí.

—¡Impostor! exclamó Juan con vivacidad, y por un movimiento natural llevó la mano á su cintura como para buscar un arma; ¡mientes!

—¡Hola! quereis saber, señor; juro que os digo la verdad.

Escuchadme, pues, ó me retiro.

—Continuad, repuso Juan, y quedó lleno de abatimiento.

—Sabed, pues, que hay en el reino de Castilla una orden militar que llaman de Calatrava, y que de esta orden es comendador vuestro padre, conde de Olmedo además; por eso, luego que fué mayor de edad, pidió que se le restituyese este condado, porque se lo habían dado á Catalina de Sandoval, querida que fué del rey, su pariente, y él pretendía que, por que su tío no había tenido pariente mas en línea, el condado de Olmedo le tocaba directamente. Sin embargo, su demanda no fué atendida. Se le excluyó porque su petición no era justa, y él, que era jóven, valiente, muy belicoso y amigo de la guerra, reunió una gran fuerza de gente armada, y quiso á porrazos y estocadas ampararse por la fuerza de lo que creía hacer parte de la herencia. Una sentencia arbitral del rey don Juan II nuestro señor, que mandaba entonces el reino, lo desahució enteramente de su petición, y pareció probado de tal modo que no le correspondía el condado de Olmedo, que hizo variar de camino á los guerreros y se retiró á su estado de Cuellar.

Parecía que vuestro padre no pensaba mas en sus pretensiones sobre Olmedo, cuando al advenimiento al trono de nuestro señor y rey Enrique IV las renovó todas. Mas el rey hizo justicia, y le negó nuevamente la villa de Olmedo.

Aquí la historia empezó á ponerse fea, señoritos, continuó.

—Acabad, dijo Juan con aire resuelto, acabad.

—Algun tiempo después, continuó el hombre de armas, el rumor de la muerte de Catalina de Sandoval se difundió por todas partes, y los facultativos declararon que había muerto envenenada. Se sospechó de alguno sobre este crimen, pero no hubo pruebas.

Los pobres niños escucharon con silencio, con la cabeza baja como delincuentes que esperan su sentencia. Pero querían saber, y el soldado continuaba:

—Por esta muerte, hallándose vacante el condado de vuestro padre, hizo nuevas reclamaciones. Le admitieron á probar sus derechos; mas se juzgaron mas débiles que los de la hija de Catalina, que fué reconocida condesa de Olmedo. Partió en seguida á tomar posesion de su herencia. Se preparaban grandes y bellas funciones por todo el país, la alegría era general y grande el entusiasmo; mas la pobre señora no vió las funciones y no oyó las canciones de sus vasallos, porque cayó en una enfermedad convulsiva en Roa, y murió muy pronto horrorosamente atormentada. Y los médicos declararon tambien que el veneno era la causa de su muerte, y aquel contra quien habían recaído las sospechas, lo fué igualmente en esta ocasion.

—¿Quién era, pues, el que se creía tan malvado? preguntó con interés Roberto, el mas pequeño de los tres.

—¡Oh! ¡no le contesteis, os lo ruego! exclamó Juan, y en seguida se calló y recogió de nuevo.

El pobre niño se había enterado.

—Cuando hubo muerto la segunda condesa de Olmedo,

como os he dicho, pasó el condado á su hija Juana, y fué reconocida. Pero ved aquí que vuestro padre, que habia ido á pasar una temporada á su castellanía de Cuellar, volvió trayendo cuatro cartas, con conformacion de Enrique IV, que le aseguraban la posesion del condado de Olmedo. La cosa podia ser examinada, y se examinó escrupulosamente, y se reconoció que las cuatro cartas....

—¡Bien! dijo Juan, que parecia devorar las palabras del hombre de armas; ¿las cuatro cartas?....

—Eran falsas, hijos; el sello que en ellas se habia puesto habia sido arrancado á otras cartas, y puesto á estas; ¡oh! este era un mal negocio, y además se esparcian feos rumores acerca de monseñor, vuestro padre, se decia, perdonadme, monseñores. Mas, se decia, que habia tenido trato para este negocio con una mujer que hacia sortilegios, y que, en fin, en todo esto habia magia. ¡Oh! fué un clamor general contra él; el rey nuestro señor lo hizo citar cuatro veces para que compareciese ante él, ante su Consejo, mas se obstinó en no comparecer. Sin embargo, la hechicera de que os he hablado, y que habia forjado las cartas, fué presa. Se llamaba la Divion, y era la mujer de un judío de Toledo, llamado Daniel Seos. El verdugo preparó para ella los tormentos, y en ellos confesó su comercio infame con Satán. Fué condenada el 6 de octubre del año 1331, y quemada en la gran caldera de la plaza del mercado de Valladolid. El día de esta ejecucion habia tanto pueblo en la plaza para ver quemar á aquella endemoniada hechicera, que los arqueros del justicia mayor fueron repulsados tres veces por la multitud. Y cuando la hija de Satanás quedó oculta entre las llamas, el fuego tomó tantos colores estraños, y esparció un olor infernal. Todavía me espanto cuando me acuerdo. Hay mas; una criada judía, tambien llamada Sefora Raquel, su sirviente, fué tambien presa, y confesó como su ama, y como ella fué quemada en la misma plaza. Despues fueron comprendidas otras personas en este negocio, y entre.....

—¿Y nuestro padre? preguntó uno de los niños.

—Vuestro padre, citado cuatro veces ante el rey, y no habiendo acudido nunca despues de las proclamas hechas por los heraldos en la castellanía de Cuellar, se reunió el Consejo del rey, y constituyendo el tribunal, pronunció contra él, el Viernes de Pasion del año 1332, un decreto que lo desterraba del reino, y confiscaba sus bienes.

—¿Pero dónde está? ¿qué hace? preguntó con viveza Juan.

—¿Dónde está? en Avila con los confederados. ¿Qué hace? combatir contra los castellanos, ni mas ni menos que si fuesen sus enemigos. Primero, despues de su condena, se habia retirado al lado del rey de Francia, mas en 1334 el rey de Francia le ofreció el condado y en cambio vuestro padre le vendió su brazo.

—¡Oh! exclamó Juan.

—Teneis razon, monseñor, yo olvido siempre que hablo á sus pobres hijos. Sí, estuvo en Francia desde 1334, desde que estais presos, y desde entonces sabe dar en que entender á las tropas castellanas. Ahora tambien, está en Avila con los enemigos del rey, que le han depuesto en estatua y proclamado rey de Castilla al infante don Alfonso, aun niño.

Ved aquí, señores, que todo os lo he referido, quizás con alguna dureza, pero perdonadme. Ya veis que todo vuestro crimen es ser sus hijos.

El hombre de armas se levantó, y dejó á los tres niños confundidos con la impresion que hacia en ellos lo que aca-

ban de oir; ¡su padre un traidor y quizás un asesino! cuando todavia aquella mañana se lo figuraban tan bello y tan rodeado de gloria y de honores! Ciertamente, debió ser un desencantamiento bien triste para semejantes niños, y sobre todo para el mayor, que en su posicion se habia acostumbrado á pensar con mas madurez.

Permanecieron un gran rato en el mismo sitio y no pensaron en levantarse de allí hasta que los obligó la noche á recogerse.

Luego que volvieron á entrar en su estancia, se miraron los tres en silencio y se abrazaron llorando.

Al día siguiente estaban ya levantados, porque la noche habia sido demasiado larga para ellos, que por la vez primera tal vez la habian pasado sin dormir, cuando el señor Pero Jimen y Dávila entró con semblante sério en su habitacion seguido de criados que llevaban vestidos de luto.

—Mis pobres niños, les dijo, es preciso cambiar vuestros vestidos por estos.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó Juan lleno de inquietud.

—Monseñor, vuestro padre, ha muerto, respondió el Pero Jimen, ha muerto de resultas de una batalla que se ha dado en los campos de Olmedo, en donde el rey Enrique IV acaba de batir á los rebeldes.

Despues se retiró discretamente con los criados dejando los vestidos de luto en la sala.

—¡Nuestro padre ha muerto! exclamaron los niños.

—¿Sin haber tenido tiempo de lavar su mancha? continuó Juan.

Y todos tres se pusieron á llorar.

El padre de estos niños se llamaba don Juan Manrique de Lara, conde de Cuellar; su madre Juana de Osorio, condesa de Cuellar.

¡Pobres niños! el año de 1347 los vió aun en aquella torre del alcázar de Segovia, solamente que en esta época habian aumentado hasta veinte el número de las personas empleadas en su servicio. Este era el gran honor que se les hacia. Despues cuando la reina doña Isabel, llamada la Católica, sucedió á su hermano Enrique IV, hubo una gran promocion de caballeros, y entre los jóvenes señores que recibieron las espuelas en aquel día, se vió á un joven cuya cara pálida estaba seria. Este nuevo caballero se llamaba don Juan Manrique de Lara, y algunos meses despues se llamó tambien el conde de Olmedo; la reina le dió este patrimonio que acababa de quitar al que lo tenia, acusado de traicion y decapitado con proceso en el castillo de Zamora.

MAXIMAS.

Solo es dulce el reposo para el que trabaja, y delicioso el placer para quien de él no abusa.

Un hombre que no ha cultivado su espíritu, no tiene otros medios de distinguirse en el mundo que su lujo; no sabe como emplear el tiempo; siempre cargado de sí mismo, se hace molesto y pesado á lo demás; su fastidiosa conversacion recae siempre sobre pequeneces indignas de ocupar á un racional.

Cualquier hombre de bien tiene lo que necesita para gobernar un estado.

HISTORIA DE LOS PINTORES.

EUGENIO DELACROIX.

El jueves 13 de agosto de 1863, murió en París un gran pintor; murió en París Eugenio Delacroix, que había creado un mundo que no morirá como él.

Yo he asistido recientemente durante las fiestas dadas al rey de España don Francisco de Asís, en su viaje á París, á la esposicion de muchas de sus admirables obras en el boulevard de los Italianos, y he admirado sus obras en Versalles, en el Luxemburgo, en la Cámara de los Diputados, en el Louvre y en el Hotel de Ville.

Yo he contemplado largos ratos el magnífico cuadro cuyo dibujo presentamos á nuestros lectores. *Heliodoro arrojado del templo de Jerusalem, y azotado por los ángeles.*

¡Cuántas horas he pasado delante de él en la iglesia de San Salpicio!!

Tambien damos el retrato de este grande artista, cuya vida fué un continuo trabajo de estudio, y que con su pincel fecundo ha dotado de tantas obras maestras á la Francia.

Eugenio Delacroix, nació en San Mauricio, cerca de Charenton, casi en París, en el año último del siglo XVIII, el 26 de abril; empero su verdadero país natal es Burdeos, pues que allí es donde, viendo pintar camafeos, se reveló en él el genio de pintar.

Su padre, Carlos Delacroix, había sido, sucesivamente, convencional, ministro del Directorio, y prefecto del Imperio. Tan variada como fué la fortuna de su padre, tan variada fué su infancia.

La suerte le preservó en la cuna habiéndose pegado fuego á ésta, y viendo su infantil rostro acariciado por las llamas prontas á devorarlo. Mas tarde se envenenó con el verde-gris destinado á lavar sus planos; mas tarde, todavía, cae al mar en el puerto de Marsella, de donde se salva milagrosamente, y al fin muere ahogado con un grano de uvas.

Cuentan que, cuando era niño, un loco le dijo la buena ventura. Llevándole su niñera á paseo, un hombre se llegó á él, le coge de la mano, y examinando sus rayas detenidamente, dijo meneando la cabeza:

—Este niño será un hombre célebre; pero su vida será de las mas laboriosas y atormentadas.

En efecto; la vida fué para él una lucha diaria, la lucha del genio contra la opinion.

Eugenio Delacroix, que jamás olvidó las palabras del loco, decia con frecuencia:

—Siempre estoy trabajando, y siempre sufriendo oposicion. Aquel loco era un adivino.

Esta lucha continua, esta contradiccion, le pusieron á pesar suyo á la cabeza de la escuela romántica en la pintura.

Mas bien se discutian sus obras que se impugnaban. Gustaban mas ó menos, pero jamás se negó su talento.

Obtuvo los mas grandes honores; medallas en las esposiciones de 1824-1828, la cruz de la Legion de Honor en 1831, la de oficial de la misma en 1846, y la cruz de gran comendador en 1855, y en enero de 1857 ocupó en el Instituto el sillón que con tanta gloria ocupó Pablo Delaroche.

Eugenio Delacroix jamás quiso imitar á nadie, fiel á su

axioma de que, el que *imita la Iliada, no imita á Homero.*

El duque de Rochefoucauld, intendente de bellas artes, intentó atraerle á los antiguos métodos y separarle del romanticismo; empero Delacroix se rebeló, se subleyó contra él.

—¿Quién me prueba, decia, que no soy yo el que ve exactamente?

—Todo el mundo.

—Pues bien, todo el mundo no ve bien.

Privado de trabajo por el duque de Rochefoucauld, se vió reducido á hacer litografías; como Proudhon, treinta años mas tarde, dibujaba para vivir letras para bordar. Era el soldado que aviva su heroismo en escaramuzas.

La revolucion de 1830 vió nacer en su taller aquella *libertad* enteramente moderna, salida de las entrañas del pueblo, y no arrancada á los bajos relieves y frescos antiguos.

La hora del pintor iba á sonar.

Permitiéronle, en fin, marcar su profundo genio en las paredes y los techos de los palacios.

Entonces hizo esas grandes obras maestras que hoy son el orgullo de la Francia.

Y esas grandes obras no le impidieron pintar grandes cuadros religiosos de que ha cubierto las iglesias de París, y escribir para las revistas científicas, especialmente para la *Revista de Ambos Mundos.*

En su vida privada nunca conoció el descanso Delacroix, porque en el mundo moderno, no es permitido el descanso de la edad madura cantado por Horacio. El verdadero sitio de descanso es el cementerio que sombrea el sauce lloron.

Eugenio Delacroix quiso tener algunos dias de pereza, y tomó una casa de campo; empero en su mala costumbre de trabajar, puso en ella un cuarto de estudio y se hacia la ilusion de que se iba allí á descansar.

El *no hacer nada* de esta clase de hombres, asustaria á los mas robustos obreros que tanto cacarean y proclaman el derecho al trabajo.

En su casa de campo, Delacroix se levantaba con el dia, con el sol, su colaborador ordinario cuando trabajaba en el jardín ó tomaba sus pinceles.

Corría por su parterre de rosales, y se acordaba que tenia que escribir un artículo para la *Revista de Ambos Mundos*, y se volvía á su despacho.

Venia una carta que le pedia un boceto para un techo, un dibujo para un álbum ó una pintura para una lotería de beneficencia, y con estas y otras cosas, se veía, como todo hombre de genio, condenado á trabajos forzados perpétuamente.

Hacia las delicias de los que le trataban, y en su mesa era el convidado mas alegre, mas imprevisto, mas luminoso que pudiera encontrarse. Así como era artista sin dejar de ser hombre de mundo, era hombre de mundo sin dejar de ser artista. Tal era Rubens, tal era Wan-Dick, tales los maestros venecianos.

Hablaba de todo como un hombre que ha viajado no por la tierra clásica ó en los bosques vírgenes, sino por todos los mundos imaginarios. No habia un gran poeta desde Homero hasta Byron, que no le fuera familiar. No habia un filósofo cuyo sistema le fuera desconocido.

No le dominaba tanto lo ideal que no descendiese desde sus alturas hasta las mas sencillas acciones humanas.

Veía de lejos y veía de cerca. Sabía vivir. Había estudiado á los hombres y las cosas fuera de su taller. Artistas hay que solo son grandes en su taller: Eugenio Delacroix era grande en todas partes.

Hubiera podido discutir con los mas sábios diplomáticos.

Como su padre, que habia sido ministro, gustaba de examinar las cosas en su sentido práctico.

Juzgaba de un hombre, sin apelacion, en un abrir y cerrar de ojos. Su espíritu sutil comprendía á cualquiera á la primera palabra.

Si uno era un importuno, fastidioso, no le dejaba con-



Eugenio Delacroix.

cluir. Si hablaba bien, le dejaba decir, porque le gustaba la elocuencia; pero la elocuencia como gustan las rosas, sin cuidarse de su utilidad.

Sabía de todo y parecía olvidarlo, que es lo mas sublime de la ciencia, porque el genio necesita tambien de horas nocturnas.

El sol nos parece mas bello y hermoso, porque se pone todos los dias.

Delacroix, como hemos dicho al principio, ha creado un mundo, ó mas bien ha encontrado en nuestro siglo un mundo que se habia perdido: el mundo del color.

Delacroix no es un colorista, es el colorista.